

DE LA FUGACIDAD Y EL SUFRIMIENTO: UN ESTUDIO SOBRE EL TIEMPO EN DOS POEMARIOS DE JOSÉ EMILIO PACHECO

¿Por qué obstinarse
en la fugacidad y el sufrimiento?—
Me dijo Prometeo
Sus cadenas
resonaron de nuevo cuando el buitre
reanudó su tarea entrañable
JOSÉ EMILIO PACHECO

Frente a la transitoriedad y poquedad del hombre
se levanta la continuidad de la naturaleza
LUIS ANTONIO DE VILLENA

El gran tema del tiempo en la poesía de José Emilio Pacheco ha sido estudiado fundamentalmente en relación con el tiempo lineal o cronológico en varios de sus libros, principalmente en los pertenecientes a la considerada por algunos críticos como la primera etapa poética del escritor, que comprende *Los elementos de la noche* (1963) y *El reposo del fuego* (1966). Precisamente por eso, en este trabajo me centraré en los libros *Irás y no volverás* (1973) y *La arena errante* (1999) en torno a la relación, generalmente de opuestos, apreciada entre el tiempo social, cronológico y antropocéntrico y el tiempo cósmico o de la naturaleza, el cual

es fijo, eterno e independiente del hombre. Veremos que este enfoque se reduce al conflicto cultura *vs* naturaleza a lo largo de la poesía del escritor y genera grandes preocupaciones, que van de lo más íntimo a lo más social y de lo universal a lo histórico en el hombre. Concluimos que, a pesar de las dualidades temporales, pesa ante todo el tiempo fugaz y su gran sufrimiento, que desencadena ansiedad ante la muerte de los humanos, el desgaste de los objetos y la finitud de las vivencias, cuya única forma de retenerlos es la memoria (aunque ésta también es perecedera). Asimismo, la contemplación atemporal de la naturaleza es una forma de bloquear el tiempo lineal.

Abordaré los dos poemarios en tanto que, distantes cronológicamente, me permiten apreciar el tema de la fugacidad en relación con dos aspectos apreciados en cada uno respectivamente: el primer libro se refiere fundamentalmente a vivencias en relación con el tiempo cósmico o de la naturaleza, que por ello son impersonales, universales y están simbolizadas por el agua, las nubes, la arena y el polvo —a pesar de estar recreadas en lugares específicos de Argentina, Brasil, Canadá, México y Uruguay, entre otros—; mientras que en el segundo texto, mucho menos hermético que el anterior, el poeta revela la fugacidad del tiempo con respecto a hechos históricos concretos relativos al sufrimiento compartido en la relación opresor-oprimido de la clase media urbana mexicana contemporánea.

Si bien observaremos dualidades —a veces complementarias; a veces en choque— que se derivan de lo individual y lo social, es la fugacidad de la vida —como ya mencioné— el tiempo que rige en ambos poemarios, en tanto implica los procesos de nacimiento y muerte de todo cuanto piensa, siente y hace el hombre del siglo XX desde lo impersonal hasta lo social concreto. El poeta propone una reflexión sobre tres tipos de muerte o fugacidad del tiempo: el olvido, el desgaste y la destrucción, que impli-

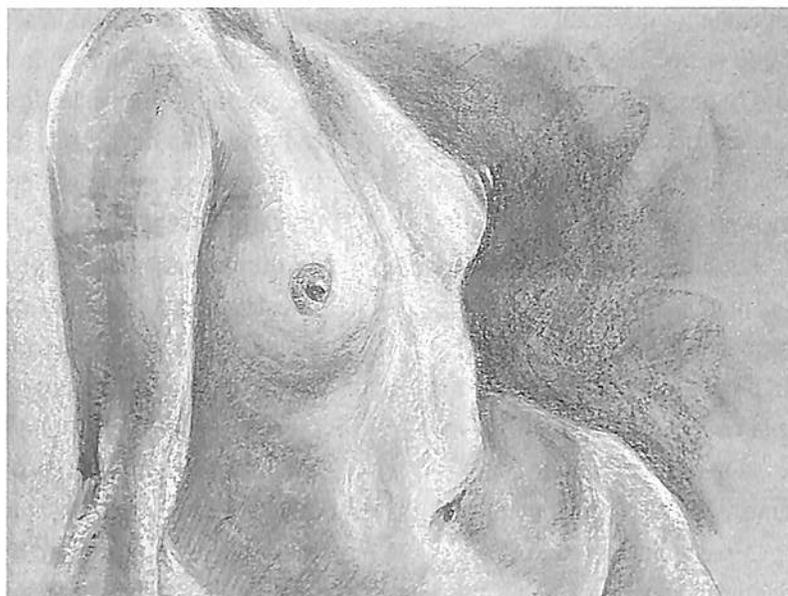
can la pérdida de valores, de cultura y de las condiciones adecuadas de nuestro hábitat. En este sentido, la poesía de Pacheco revela una cada vez más degradada condición humana en la forma de la constante preocupación que hay en varios poemas por el concepto de hombre y de humanismo (más bien antihumanismo) en nuestra época, caracterizada por un mundo occidentalizado altamente individualista, científico, tecnológico, desmitificador y utilitarista.

En su poesía, José Emilio Pacheco reconoce que nuestro tiempo es poco místico, y que en él priva, más bien, lo destructor, lo desesperanzador. El hombre está solo ante las fauces del tiempo. El hombre es su nada, y lo único que tiene asegurado es su muerte. Está aquí sin Dios; solo ante las cadenas de Cronos. Lo único que parece tener es el tiempo como historicidad que fluye sin descanso. Cadena de efímeros momentos. Instantes sin retorno. Cambios perpetuos cada vez más acelerados. Apenas nace algo y ya comienza la cuenta regresiva. Se piensa en



LA COLMENA 49, enero-marzo 2006.

la vejez de algo o alguien, cuando no en su paso como una flecha veloz. Surgen entonces la amargura y la melancolía por su extinción irremediable. Por eso decimos que se nace para morir o, como señala el poeta: "Nació conmigo la muerte./ Le die-



ron cuerda/ y la echaron a andar/, pero en silencio./.../ Cuando se acabe la cuerda/ conoceré a la inseparable de mí/.../ lo único que en el mundo puedo llamar,/ sin jactancia y de verdad, mío." (Pacheco, 1999: 29). Es el tiempo de Norbert Elias: el dominante en las sociedades altamente industrializadas, una de las grandes invenciones humanas porque regula la vida social (familiar, laboral, política, etc.) y hasta la biológica del hombre. Es un tiempo ordenador decididamente antropocéntrico, cronológico, artificial, coaccionador y efímero (Elias, 1989).

Bajo esa perspectiva, en la poesía de José Emilio Pacheco el término fugacidad vale para lo tangible y lo incorpóreo siempre que implique un principio y un fin, un antes y un después; es decir, la idea de duración, que puede ser cuantificable por el reloj (el tiempo cronológico o social) o apreciada por la intensidad cualitativa de la experiencia subjetiva (tiempo interior, individual o psicológico, un tanto a la manera bergsoniana).

Ante todo, fugaz es lo que se está yendo; es decir, el presente que, huidizo, implica la constante advertencia de que se disfrute el presente, pero se tenga conciencia de su futilidad y se guarde en el recuerdo, porque la memoria

—aun cuando traicionera por estar sujeta al olvido— es uno de los mejores tesoros que tiene el hombre, pues constituye el gran antídoto contra el tiempo fugaz. Por eso en "Hoy mismo" el autor invita a retener el pasado mentalmente: "Mira las cosas

que se van/ Recuérdalas/ porque no volverás/ a verlas nunca" (Pacheco, 1986: 141). Asimismo, el presente fugaz genera una paradoja de lamento y aceptación del incesante cambio y permanencia que supone el tiempo de la sucesión dominante sobre otros. La transformación constante es la característica que priva en el pensamiento poético del escritor desde lo más puro e independiente del hombre: La naturaleza, hasta las invenciones más artificiales de éste.

En relación con esto, es importante partir de lo biológico de la evolución humana, en que el poeta enuncia: "(...)/ Todo pasa De acuerdo/ pero si no pasara yo sería un protozooario/ en un mundo de amibas e invertebrados" (Pacheco, 1986: 138). En ese sentido, en esta poesía hay una gran conciencia de la finitud, de la pequeñez de los seres vivos; de que el hombre nace indefenso, crece cruel y muere derrotado, como lo muestra el poema "Otro segundo": "Púmbale, dice el niño de cuatro años al caer en la hierba. Púmbale, y el que se levanta del suelo es un hombre altivo, cruel, implacable... Púmbale, y ahora es el derrotado... Púmbale, y otro segundo acaba de pasar y todos nos caemos de viejos y a la siguiente exclamación seremos polvo" (Pacheco, 1999: 61).

la vejez de algo o alguien, cuando no en su paso como una flecha veloz. Surgen entonces la amargura y la melancolía por su extinción irremediable. Por eso decimos que se nace para morir o, como señala el poeta: "Nació conmigo la muerte./ Le die-



ron cuerda/ y la echaron a andar/, pero en silencio./.../ Cuando se acabe la cuerda/ conoceré a la inseparable de mí./.../ lo único que en el mundo puedo llamar,/ sin jactancia y de verdad, mío." (Pacheco, 1999: 29). Es el tiempo de Norbert Elias: el dominante en las sociedades altamente industrializadas, una de las grandes invenciones humanas porque regula la vida social (familiar, laboral, política, etc.) y hasta la biológica del hombre. Es un tiempo ordenador decididamente antropocéntrico, cronológico, artificial, coaccionador y efímero (Elias, 1989).

Bajo esa perspectiva, en la poesía de José Emilio Pacheco el término fugacidad vale para lo tangible y lo incorpóreo siempre que implique un principio y un fin, un antes y un después; es decir, la idea de duración, que puede ser cuantificable por el reloj (el tiempo cronológico o social) o apreciada por la intensidad cualitativa de la experiencia subjetiva (tiempo interior, individual o psicológico, un tanto a la manera bergsoniana).

Ante todo, fugaz es lo que se está yendo; es decir, el presente que, huidizo, implica la constante advertencia de que se disfrute el presente, pero se tenga conciencia de su futilidad y se guarde en el recuerdo, porque la memoria

—aun cuando traicionera por estar sujeta al olvido— es uno de los mejores tesoros que tiene el hombre, pues constituye el gran antídoto contra el tiempo fugaz. Por eso en "Hoy mismo" el autor invita a retener el pasado mentalmente: "Mira las cosas

que se van/ Recuérdalas/ porque no volverás/ a verlas nunca" (Pacheco, 1986: 141). Asimismo, el presente fugaz genera una paradoja de lamento y aceptación del incesante cambio y permanencia que supone el tiempo de la sucesión dominante sobre otros. La transformación constante es la característica que priva en el pensamiento poético del escritor desde lo más puro e independiente del hombre: La naturaleza, hasta las invenciones más artificiales de éste.

En relación con esto, es importante partir de lo biológico de la evolución humana, en que el poeta enuncia: "(...)/ Todo pasa De acuerdo/ pero si no pasara yo sería un protozooario/ en un mundo de amibas e invertebrados" (Pacheco, 1986: 138). En ese sentido, en esta poesía hay una gran conciencia de la finitud, de la pequeñez de los seres vivos; de que el hombre nace indefenso, crece cruel y muere derrotado, como lo muestra el poema "Otro segundo": "Púmbale, dice el niño de cuatro años al caer en la hierba. Púmbale, y el que se levanta del suelo es un hombre altivo, cruel, implacable... Púmbale, y ahora es el derrotado... Púmbale, y otro segundo acaba de pasar y todos nos caemos de viejos y a la siguiente exclamación seremos polvo" (Pacheco, 1999: 61).

En ese poema el aspecto biológico es el punto de partida para comprender una de las razones de la fragilidad humana, ya que, de entrada, se reconoce que el hombre es producto de la evolución, por lo que su existencia biológica revela su condición de ser en transformación a través de millones de años. Se trata de un motivo más del tiempo como cambio y permanencia, de que “La mar/ no es el morir/ sino la eterna/ circulación de las transformaciones” (Pacheco, 1986: 83). Por eso, en “A la que murió en el mar”, se le dice a una joven hundida en las profundidades: “(...)/ Ya tienes para siempre veintidós años/ Ya eres peces corales musgo marino/ las olas que iluminan la tierra entera” (Pacheco, 1986: 126). Allí, aunque hay un lamento por el ser vivo que fenecer, se acepta que sólo el proceso de cambio sano hace perdurar la existencia de la natura; claro, mientras no sea alterado por la destrucción humana. Lo que proviene de la materia vuelve a ella. Al morir el hombre mismo nutre a los gusanos, se vuelve polvo o ceniza. Poema que me recuerda —antes que a las teorías evolucionistas— a Heráclito, gran inspirador de nuestro poeta, quien escribió: “Porque es muerte para las almas el convertirse en agua, y muerte para el agua el convertirse en tierra. Pero el agua procede de la tierra; y del agua, el alma” (Heráclito, 1982: 105).

La finitud biológica genera resistencia, miedo al envejecimiento y a la muerte. Aquella se aprecia, por ejemplo, en las mujeres ilusas que pretenden alargar la fealdad de su vejez en una “Clínica de belleza”: “Ésas que ves ahí/ sudando a mares/ pro retorno imposible/ fueron un día/ las muchachas en flor...” (Pacheco, 1986: 137). Los procesos biológicos hacen pensar en la muerte, ante la que somos absolutamente vulnerables, a pesar de que intentemos retrasarla. Así, en el poema “La Señora V.” la vejez es asumida como algo inevitable, porque “(...)/ La Señora V. llegó, está aquí, no descansa./ Tardó mucho./ Se hizo presente en un instante./

Viene a llevarse todo lo que fui./ Me nubla la vista./ me borra la memoria./ me quita el sueño./ me hace más torpe/ y dificulta mis pasos./ Por dentro opera su mayor estrago.” (Pacheco, 1999: 39) Así se nos revela el organismo humano de súbito cansado y débil, que emprende el viaje hacia su fin. Entonces el hombre se cuestiona en voz baja, con temor, como no queriéndolo creer: “¿Consumará su obra de destrucción/ la Señora V. que nació conmigo y está programada/ para actuar sin error ni pausa?” (Pacheco, 1999: 39). Y aquí la señora V. es la vejez; pero, también, la vieja muerte.

De acuerdo con lo anterior, para el poeta el proceso de envejecimiento tiene las siguientes características: 1) es veloz y sorpresivo, por tanto es una condición de la fugacidad: “(...) nuestro envejecimiento, tropel de años condensado en la velocidad de unas cuantas imágenes.” (Pacheco, 1999: 66), y nos hace cuestionarnos: “(...) ¿A qué horas sucedió ¿De manera que yo también? Fue tan pronto. (A sabiendas de que ha sido un transcurso muy largo.)” (Pacheco, 1999: 66); 2) es inevitable, y 3) conduce a la muerte, única propiedad segura del ser humano.

En los procesos de la naturaleza, el tiempo fugaz está representado en el agua, las nubes, la arena y el polvo, entre otros elementos. Por ejemplo, en el caso del agua y en relación con la imagen de la catarata, en “Niagara Falls” nos encontramos una vez más con el tiempo de la sucesión: “(...)/ El agua siente el paso de las horas/ La hora siente el peso de las aguas/ Y de su muerte nacen otras/ olas/ Muda marea del tiempo/ Catarata” (Pacheco, 1986: 124). Los dos primeros versos hablan del tiempo como un fluir continuo y pesado por ser una sucesión infinita de minutos. Las vivencias, los momentos, nacen para morir; en eso radica su carácter vano, iluso. En relación con esto, es interesante la visión de Udo Becker sobre el símbolo de la catarata, en que hace coincidir la visión heracliteana con la budista, lo cual enriquece la

comprensión de ese poema: "La cascada siempre tiene la misma forma y sin embargo el agua nunca es la misma, lo cual simboliza para el budismo la brevedad y el carácter ilusorio de todas las cosas terrenales" (Becker, 2001: 70).

En el poema "Parque España" también se aprecia esa imagen circular del tiempo (vida-muerte). Ahora se trata de la observación del agua en una fuente: "El surtidor se vuelve una columna de aire/ pero la tierra llama/ y el agua/ vuelve a su semejanza/ Otro poco/ de la fuente alza el vuelo/ Babel erguida en su imposible cohesión/ De nuevo torre/ que a su gran pesadumbre se rinde" (Pacheco, 1986: 126). Toda obra humana es una gran Babel. El agua cumple aquí con su doble significación temporal, ya que "las aguas son la fuente de todas las potencialidades de la existencia; el origen y el final de todas las cosas del universo... el agua puede representar los poderes de la vida y la muerte, del mismo modo puede separar o unir" (Cooper, 2000: 11).

En ese sentido, la fuente es generadora de vida, pero también tiene una duración; así lo revela el alzarse y el caer del agua. El autor se ha centrado —como casi siempre— en el segundo momento, es decir, el del caer del agua; por eso muestra una importante analogía con la torre de Babel, la cual representa la confusión, la destrucción. Se sabe que "(...) La palabra misma de Babel viene de la raíz *bll* que significa confundir" (Chevalier y Gheerbrant, 1989: 167). Pero, además, remite a que "El hombre presuntuoso se eleva desmesuradamente, pero le es imposible rebasar su condición humana." (Chevalier y Gheerbrant, 1989: 167) Hay aquí la idea del tiempo como concentración del hombre en empresas vanas que no llevan sino a dos cosas: la destrucción de las obras humanas, como en "Parque España", o a la labor absurda e injusta de "Le nouveau mythe de Sisyphe": "Respira hondo/ Ya/ Bueno/ ahora empuja/ como hombre/ con fibra/ sin desmayo/ tu granito de arena/ Y cuando al fin te encuen-

tres en la cima/ y lo veas que rueda cuestabajo/ dedícate a buscarlo una y mil veces/ en la pluralidad de este desierto" (Pacheco, 1986: 127-128). Nuestro trabajo de sísifos ciudadanos deviene tan mísero al ser, además de rutinario, absolutamente semejante al de los otros (un grano de arena entre tantos), que se pierde —se erosiona a sí mismo— de continuo en la inmensidad de la vacua Tierra, "desértica" por mantenernos autómatas, seres alienados —según Fromm— o unidimensionales —según Marcuse (1964).

El agua reviste, además, el entusiasmo necesario para iniciar algo y la desgracia de su fin, ya como derrumbe, en este caso, o como disolución, en el poema "Urbana Illinois": "El muñeco de nieve en el jardín/ se deshace/ cuando la tierra emerge del invierno/ En un jardín más vasto somos todos/ figuras contrahechas esperando/ nuestra disolución" (Pacheco, 1986: 125). Utilizar la figura de "un jardín más vasto" tiene dos implicaciones: por una parte hace alusión al cosmos; es decir, nos recuerda el carácter mortal de los hombres. Esperamos nuestra disolución por los procesos biológicos; esto es, la inmanente muerte física. Pero, por otro lado, " (...) Se puede trasponer a niveles más elevados y ver en el jardín un símbolo de cultura opuesto a la naturaleza salvaje, de reflexión frente a lo espontáneo, de orden ante el desorden y de conciencia ante lo inconsciente." (Chevalier y Gheerbrant, 1989: 603) Por ejemplo, del mundo racional moderno que diluye al hombre en el anonimato.

Hay algunas características comunes en los poemas comentados anteriormente: se trata de *close-ups* de la naturaleza en movimiento (cataratas, fuente y jardín) para representar la brevedad del hombre y sus obras. Asimismo, se conjuga lo impersonal simbólico con lo geográfico concreto para situar la fugacidad en un sentido amplio, pero no por ello menos íntimo. Lo geográfico radica en que el poeta ubica sus textos en Norteamérica y México; mientras que lo

impersonal simbólico se revela al recrear la fugacidad en sentido universal, a partir de la figura del agua en movimiento continuo y repetitivo (circular). No obstante lo anterior, hay un rasgo distintivo en cada poema: "Parque Española" se enfoca en el optimismo con que una vivencia "alza el vuelo", con que construimos una Babel, ya en el pensamiento, ya en el acto, sólo para darnos cuenta —visión amarga— de que es insostenible por efímera. Mientras que "Urbana Illinois" presenta la fugacidad básicamente como fragilidad humana biológica, ya que en este jardín caótico llamado Tierra los humanos somos tan delicados como un muñeco de nieve, pero, además, somos desagradables: meras "figuras contrahechas esperando nuestra disolución", esperando o propiciando la muerte, ya que "esperando" y "disolución" se refieren a dos aspectos de la muerte: la pasiva espera o la mutua destrucción.

Por otro lado, las nubes también resultan emblemáticas del tiempo fugaz; sólo que más efímeras que el agua, en tanto que hacen alusión a lo que va directo a la deriva del olvido, a lo más endeble del tiempo que pasa. Así ocurre en "Elogio de la fugacidad" —aunque el título diga lo contrario—, cuyo segundo verso pretende aceptar de buen grado el transcurrir del tiempo cronológico: "Triste que todo pase.../ Pero también qué dicha este gran cambio perpetuo.../ ¿Pueden imaginar a un Fausto de 1844, digamos,/ que hubiera congelado el tiempo fugaz en un/ momento preciso?" (Pacheco, 1999: 36). Luego se habla de las incomodidades de esa época, como la ausencia de luz eléctrica o de medicina adecuada, pero finalmente el poeta regresa a la postura doliente que lo caracteriza: "Y aun des-



pués de todo esto, como perfectos imbéciles,/ nos atrevemos a decir irredentos:/ 'Qué gran tristeza la fugacidad./ ¿Por qué tenemos que pasar como nubes?'" (Pacheco, 1999: 36). Hay aquí un cuestio-namiento de orden trascendental: ¿por qué el hombre nace, crece y muere de modo vertiginoso, caprichoso, débil, como el surgimiento y la desaparición de las nubes?

También, en el poema "Nubes", éstas son terriblemente pasajeras, menos duraderas que la tarde y el bosque, en la medida que éstos representan la totalidad del cosmos, especialmente los árboles, pues continúan viviendo "mirándose", mientras que las nubes (símbolo de los humanos) cesan de existir "cuando lo quiere el viento"; es decir, el gran tiempo del cosmos independiente del hombre. Así lo ilustra el siguiente fragmento: "Estas nubes inmóviles se irán/ dentro de poco tiempo,/ cuando lo quiera el viento/ y entonces/ se quedarán la tarde y el bosque/ ya sin testigos,/ frente a frente y mirándose" (Pacheco, 1999: 47).

Hay una preocupación por lo que el humano deja en este mundo como ser creador, si bien finito. En ese sentido, no deja de sorprender a la voz lírica la capacidad y la necesidad que tiene el mortal de ser un *homo inveniens* y, por lo tanto, de tener reconocimiento y trascendencia sociales, aun cuando sólo terrenales, a manera de paliativo contra el paso fugaz del hombre en el planeta. Todo con el fin de encontrar un sentido a la existencia humana de "nube cautiva" del tiempo, como

observamos en el poema "Vaho": "Vaho, fantasma del agua en los cristales./ Neblina sin paisaje, nube cautiva./ Página gris en que escribimos un nombre/ o la silueta de un árbol./ No dejamos que el vaho se evapore/ sin algo de nosotros." (Pacheco, 1999: 49-50).

El transcurrir de la vida a la muerte; el presente fugaz del hombre y su entorno que se traduce en continuo envejecimiento está simbolizado, también, en el paso del día a la noche, en la dualidad luz-oscuridad. Es muy común en Occidente el modo metafórico en que la vida del hombre se ha clasificado de acuerdo con las estaciones del año: primavera para referir niñez, adolescencia y juventud; verano: juventud y adultez; otoño: madurez e inicio de la vejez; invierno: senectud. También se ha dividido con respecto a la duración del día: el alba es el nacimiento del hombre; el mediodía, su juventud y madurez; el crepúsculo, el inicio de su vejez, y la noche, su muerte. En relación con esto, en la poesía de José Emilio Pacheco hay dos categorías dominantes: el día y la noche, lo lumínico y lo sombrío —aun cuando cuentan con matices—, que implican el paso de la juventud a la vejez del hombre, del orden social (paraíso mítico perdido) al caos; de la naturaleza libre a la coacción social.

En ese sentido, el poema "Sucesión" nos dice: "Aunque renazca el sol/ los días no vuelven" (Pacheco, 1986: 140). El ciclo solar nos asume cada mañana como seres en armonía con el tiempo de la naturaleza. Sin embargo, "los días no vuelven", porque hay un choque entre ese tiempo cósmico y el cronológico. Ese tipo de símbolos se aprecian también en el texto "Epílogo" (poema de despedida a José Carlos Becerra), en que contemplar las hojas del otoño remite a la representación de éste como antesala de la muerte humana, y mueve a la reflexión melancólica y a la preparación para dejar de existir: "El otoño era la única deidad/ Renacía/ preparando la muerte/ Sol poniente/ que doraba las hojas secas/ Y como las generaciones de las hojas/ son las humanas/.../ Contra este triunfo/ de la vida perpetua/ no vale nada/ nuestra mísera muerte" (Pacheco, 1986: 150).

La noche simboliza, además, el submundo de lo oculto por clandestino, de la mentira; por tanto, es dañina para la estabilidad del

hombre y la natura. El autor nos muestra el contraste entre el proceso natural del amanecer y el hacer nocturno desagradable del hombre: "La luz dibuja el mundo en el rocío./ De las tinieblas brota el nuevo sol./ Es la hora en que se nace/ y acaban su trabajo los mataderos" (Pacheco, 1999: 51). Asimismo, en la noche hay un mundo desordenado, un basurero que a la mañana siguiente ya no deberá estar, pero que no deja de existir en el planeta (sólo se oculta) y, por lo tanto, no deja de contaminar, como ocurre en el poema "Mercado": "Veo el mercado a la hora del cierre de los puestos/ cuando todos se van y se apagan las luces./ En la desolación que estuvo viva/ sólo quedan verduras putrefactas./ el mal olor de las entrañas y las escamas./ Y poco a poco llega hasta el mercado la noche." (Pacheco, 1999: 44). De modo semejante, en "Niños y adultos" se dice de los segundos lo siguiente: "(...) no son valientes como lo fueron a los diez años:/ lo hacen de noche y en silencio y a solas." (Pacheco, 1999: 32)

Apreciamos, entonces, la dualidad luz-oscuridad como símbolo de lo positivo-negativo, del bien-mal; en que el primer elemento está representado por el orden del cosmos (su poder generador de vida), mientras que el segundo revela las obras destructoras del hombre; por eso en "Árbol" se dice que "El árbol no conoce la oscuridad./ De noche se enciende/ con el verdor hirviente en sus ramas./.../ Las tinieblas son culpa nuestra." (Pacheco, 1999: 56). La oposición bien-mal conduce a la dicotomía naturaleza-cultura: Tiempo cósmico contrario al tiempo histórico.

En relación con éste, importa lo universal de la llamada condición humana, así como lo social específico del hombre del siglo XX, lo cual hace reflexionar al autor sobre la pérdida de la riqueza cultural y de los recuerdos personales significativos encarnados en viejos edificios, parques, ríos, etc. Se trata de una recreación del presente del hombre actual atrapado

en las fauces del tiempo contemporáneo deshumanizado. En ese sentido, dos poemas de *La arena errante* suscitan mi interés: "No" e "Indeseable": "NO: la brevedad que se abre y se cierra. No: la torre y el círculo... NO: la mano que se levanta abierta y con los dedos extendidos para oponerse, prohibir, castigar, detener el paso, rechazar ..." (Pacheco, 1999: 65), y "No me deja pasar el guardia./ He traspasado el límite de edad./ Provengo de un país que ya no existe./.../ Me desemplearon hoy y para siempre./ Carezco por completo de influencias./ Llevo aquí en este mundo largo tiempo./ Y nuestros amos dicen que ya es hora/ de callarme y hundirme en la basura." (Pacheco, 1999: 82).

Ambos poemas muestran una concepción del hombre aniquilado por la burocracia, la desprotección por ser inmigrante, desempleado, extranjero en el pleno sentido que le da Camus. Se trata del habitante de un mundo kafkiano. Es el hombre que, frente a este presente devastador, se sabe solo al realizar las tareas cotidianas de un Sísifo ciudadano. Es el hombre absurdo por su carencia de asideros espirituales, ya que en la cosmovisión de



Pacheco, Dios ha muerto, así como el humanismo terrenal por la conducta denigrante del hombre unidimensional contemporáneo. Al respecto, el más prosaico de los insectos, una mosca, habla así en un poema: "Qué repugnantes los humanos./ Qué maldición/ tener que compartir el aire nuestro con ellos./.../ Asco y dolor nos dan los indefensos./ Si hubiera Dios no existirían los humanos." (Pacheco, 1999: 106). Mientras que en el poema "Ritos funerarios" se dice: "(...) en esta ceremonia de la fugacidad compartida./ Sabe que nunca habrán de verse en otro mundo/ (no hay otro mundo)." (1999: 109) En otro poema, también se descrece de las esperanzas en un más allá: "Gran lugar este porvenir presagio del cielo./ prometido por todos./ visto por nadie./ Qué desgracia: el futuro también pasó./ Hoy se ha perdido en el ayer terrible." (Pacheco, 1999: 110)

Y es que para el poeta todo lo que tenemos es este mundo terrenal, en que no somos sino el presente en dos sentidos: El de las vivencias pasadas actualizado a través del recuerdo de momentos agradables (el mental de Henri Bergson), así como el cotidiano de vivir bajo la coacción del reloj. El interés del autor se centra en las injusticias, que lo llevan a decir en "Introducción al psicoanálisis": "Don Segismundo Freud/ tras arduo estudio/ descubrió lo que al otro le costó un verso:/ *el delito del hombre es haber nacido*" (Pacheco, 1986: 137). Lo cual le genera culpa, pues, como señala Elena Poniatowska:

José Emilio Pacheco... se siente horriblemente responsable de todo, del hambre, la miseria, Vietnam... la masacre en la Plaza de las Tres Culturas...: "Esta responsabilidad que podría ser una actitud muy progresista se ve minada desde la raíz por un sentimiento que en parte también es su consecuencia: un pesimismo muy profundo, casi visceral, contra el que he tratado de luchar en vano por medios racionales; pero, por desgracia, es algo con lo que se nace y que la realidad

—y la explosión de la información— te confirman y ahondan cada día.” (Poniatowska, 1993: 32).

El poeta denuncia, entre otras cosas, la pérdida de la cultura mexicana, de ejes de integridad humana, como la familia, en favor de un proyecto mercantilista: “La vieja casa familiar tiene un letrero: ‘Se vende/ como terreno.’ Dentro de poco/ será otro Burger King, Domino’s Pizza o Blockbuster./ La edificaron los padres, recién casados, muy jóvenes./.../ Dentro de pocas semanas/ alquilarán videos de amor y terror en ese Blockbuster./ Nadie reparará en el otro drama:/ las familias que se hacen y deshacen,/ el nacer, el morir y en medio/ la inmensa vida que hiere siempre y se va muy pronto.” (Pacheco, 1999: 121). Hay, de entrada, un cuestionamiento a la disolución familiar, propagada por el individualismo competitivo del siglo XX, hijo de la modernización: “Es el refinamiento absoluto, el colmo/ de la mercadotecnia, el mercado libre/ y el gran consumo.” (Pacheco, 1999: 79). “Aquí los controles sociales exigen la abrumadora necesidad de producir y consumir el derroche; la necesidad de un trabajo embrutecedor; ...la necesidad de mantener libertades engañosas tales como la libre competencia a precios administrados, una prensa libre que se autocensura, una libertad de escoger entre marcas de fábrica y artefactos[.] Bajo el gobierno de una totalidad represiva, la libertad se puede convertir en un poderoso instrumento de dominación.” (Marcuse, 1964: 29).

Se trata del mundo de los países poderosos explotadores de América Latina, como se muestra en el poema “Brújula”: “Apunta siempre al norte la flecha trémula./ Orienta al oriente/ y deja al sur en total desamparo/.../ una inmensa estación que envía despótica/ señales de obediencia al planeta entero./.../Mundo sin brújula, cada vez más *nortead*o./ Cada vez más sin esperanza de hallar el rumbo.” (Pacheco, 1999: 87-88).

El hombre contemporáneo vive su presente con un gran vacío existencial y se siente angus-

tiado por la incertidumbre que le genera el futuro: “El tiempo hace lo que le dicta la eternidad:/ construye y destruye/.../ nada más estamos aquí/ para que pase el tiempo/ por la oquedad,/ por el vacío que somos.” (Pacheco, 1999: 53). “Ningún sendero quedará./ Nuestros pasos/ conducen siempre a la nada./ Todo lo devora/ el sol que desconoce la piedad/ y arrasa lo inventado por el vacío.” (Pacheco, 1999: 46). Todo es caducidad: muere el hombre cuando cesa de funcionar biológicamente. Mueren los objetos cuando se desgastan. Hay destrucción moral, cultural y física, como se nota

en “Ruinas del Templo Mayor”: “Aquí cayeron los antepasados/ Pueblos hábiles para la guerra/.../ Con manos delicadas para tallar la piedra/ entretejer las plumas/ abrir el pecho del cautivo/ —y con lágrimas/ para llorar después la servidumbre.” (Pacheco, 1986: 128). Así, se olvidan los antiguos valores, los saberes, los recuerdos. *Todo en el mar es muerte* nos dice el escritor continuamente y de varias formas. Pero, paradójicamente, aun cuando todo es finitud, hay un deseo de hacer trascendente la vida; lo cual tiene que ver, fundamentalmente, con la sublimación del instante; con la intensificación o valorización de vivencias, asumiéndolo un tanto a la manera de *El arco y la lira* en lo que toca a la reconciliación del hombre con el mun-





do (aunque, en general, José Emilio Pacheco es pesimista en comparación con el Nobel mexicano). Así, nos dice Octavio Paz: "El acto mediante el cual el hombre se funda y revela a sí mismo es la poesía... La poesía nos abre la posibilidad de ser que entraña todo nacer; recrea al hombre y lo hace asumir su condición verdadera, que no es la disyuntiva: vida o muerte, sino una totalidad: vida y muerte en un solo instante de incandescencia" (Paz, 1986: 156).

En la obra de José Emilio Pacheco los momentos sublimes se logran de dos modos: 1) al intensificar las vivencias agrada-

bles en el presente y 2) al almacenarlas en la memoria, recordándolas y recreándolas de modo sensible. Por lo que la gran consigna de *Irás y no volverás* es el poema "Hoy mismo": "Mira las cosas que se van/ Recuérdalas/ porque no volverás/ a verlas nunca" (Pacheco, 1986: 141). Se trata de experimentar un presente detenido, absoluto, como momento intemporal o atemporal —según se prefiera— que eterniza al ser humano integrándolo al cosmos mediante el éxtasis de vivenciar la naturaleza en toda su plenitud. Implica tener un sentido de pertenencia al hábitat, que da al hombre un gran valor al liberarlo de las ataduras impuestas por nuestro tiempo histórico.

En ese sentido, la natura es anterior al hombre: Es su progenitora y, en consecuencia, uno de los seres más dignos de respeto para el escritor; en oposición a la humanidad contemporánea desacralizada. Por ello denuncia la vileza del hombre contra su entorno, ahora preponderantemente ciudadano, y conciencia al lector de la importancia de la naturaleza dominante, que hace que el hombre reconozca su indefensión con respecto a ella. Un ejemplo elocuente lo constituye "Iztaccíhuatl": "Esta montaña enorme se levanta/ como advertencia de mi pequeñez/ y mi autoengaño al darme importancia./ Para nada me necesita./ Existe al margen de que la contemple./ Estuvo aquí cuando éramos impensables/ y seguirá mañana/.../ Mientras tanto seremos aire." (Pacheco, 1999: 55). El poema expresa además la vulnerabilidad del hombre frente a la naturaleza, y la soberbia de éste, su "autoengaño" al considerarse el rey del planeta por contar con un córtex; es decir, su capacidad racional. A fin de cuentas, el hombre es muy débil, ya que depende absolutamente del equilibrio de la naturaleza para subsistir; lo quiera o no, lo olvide o lo evada. Por eso, el poeta se maravilla ante el poderío de la madre tierra, aunque también le tema. Así se nota en "Dominio de la lluvia": "Aplomo de la lluvia... Diosa que otorga vida y muerte, la lluvia ha vuelto el cielo su dominio[.] Violencia de la lluvia contra la hora,... la lluvia me ordena que me borre. Soy un objeto inerme ante el imperio del agua." (Pacheco, 1999: 59)

Nos encontramos ante uno de los temas luminosos en la visión trágica que predomina en la obra poética de José Emilio Pacheco, en la cual, de principio a fin, como bien sabemos, *nada altera el* desastre; es decir, la superación de la muerte sobre la vida; la idea de que todo cuanto surge lleva implícita una cuenta regresiva hacia su fin: un tiempo cuantificable cada vez más asfixiante. Sin embargo, ante ese panorama terrible, se levanta la divisa de la na-

turalidad en un poema de sólo un verso: "La luz: la piel del mundo" (Pacheco, 1986: 136). Se trata de la victoria del bien, aun cuando sea momentánea, de la "lucha entre la voluntad de muerte de unos seres y un tiempo destructivo, y un tenaz impulso contrario por vivir, mejorar y durar" (Villena, 1986: 72).

Contemplar la naturaleza de modo embelesado es hacer a un lado lo cotidiano (el presente sucesivo). El deseo de lo que se vivió ya no se tiene, y quizás no se vuelva a experimentar el látigo del pasado. El deseo futuro es, por mismo, siempre incierto. Es decir, se trata de hacer a un lado los tres tiempos-ejes centrales del pensamiento occidental y tradicionalmente judeocristiano. En oposición a éste, el autor rinde tributo al dios Pan en una serie de poemas luminosos. Es un modo de experimentar la eternidad en un mundo donde todo es fugacidad. Al respecto, hay en *Irás y no volverás* tres poemas al hilo que así lo revelan: "Oda": "Baja la primavera al aire nuestro/ Invade/ con sus plenos poderes al invierno/ Todo lo redescubre e ilumina/ Brota del mar/ Es Dios o su emisario" (Pacheco, 1986: 135); "El alba en Montevideo": "La noche lentamente se deshace en la luna/ que avanza llena de eternidad" (Pacheco, 1986: 135), y "Amanecer en Buenos Aires": "Rompe la luz el azul celeste/ Amanece en la plaza San Martín/ En cada flor hay esquirlas en el cielo" (Pacheco, 1986: 135). En esos textos, el paraíso anhelado por la humanidad exige integrarse a la naturaleza, aunque sólo sea por un instante: se trata de infundirse de las sensaciones y emociones que ésta provoca, y de afianzarlas al punto de transformarlas en sentimientos y en valores. Tales momentos son de lo más místico a que puede aspirar el hombre por implicar lo eterno que, como afirma Plotino, es "lo que persiste en su identidad, está siempre presente a sí mismo en su totalidad... perfección indivisible." (Abbagnano, 1961: 465)

Aquí se percibe lo sublime, ya que en ninguno de los tres poemas existe la duración como

sinónimo de preocupación. Si bien en ellos notamos que amanece, anochece y hay primavera, estos elementos no son indicadores de medición, sino de extrapolación de plenitud humana y de deificación de la naturaleza, y ésta es la gran panacea universal contra las más diversas calamidades humanas. Si la amáramos, no habría ecocidios, guerras o adicciones; no denunciaría el poeta: "Desde mi eterna prisión observo el mal, las zoologías aberrantes, el daño que nos hacemos sin parar nunca." (Pacheco, 1999: 59).

Para concluir: La propuesta de una revaloración del tiempo eterno podría rescatar al hombre de su vacío existencial, de su hacinamiento, de su condición de Sísifo y Prometeo; de esclavo del reloj; de la kafkiana forma de concebir nuestro tiempo contemporáneo, en que el poeta nos recuerda constantemente que la poesía tiene una función social importante, aun cuando individual, por ejemplo en lo siguiente: "Existe un rasgo común entre el joven europeo que ataca con bombas incendiarias un campamento de refugiados y el muchacho que asalta y viola en los microbuses de esta cada vez más áspera ciudad: no tuvieron la oportunidad de leer, su imaginación y su sensibilidad quedaron muertas. Por tanto, son incapaces de ponerse en el lugar de los demás." (Pacheco, 2003: 2C). Aquí se infiere la condición lúdica, terapéutica de la poesía; pero sobre todo, su amplio valor ético y el por qué de ponderarla en nuestro siglo XXI.

Sea, pues, este acercamiento a la obra lírica de un escritor mexicano clásico de nuestros tiempos una invitación a evaluar la contraposición entre el tiempo lineal coaccionador que a diario nos carcome y el cósmico eterno que nos propone el autor, como un modo de revalorar nuestra condición humana biológica, nuestro actuar con respecto a la natura, así como la importancia de nuestro compromiso de lector de literatura, especialmente de poesía. LC

BIBLIOGRAFÍA

- Abbagnano, Nicola (1961), *Diccionario de filosofía*, México, FCE.
- Becker, Udo (2001), *Enciclopedia de los símbolos*, México, Océano.
- Cooper (2000), *Diccionario de símbolos*, Barcelona, Gustavo Gili.
- Chevalier, Jean y Alain Gheerbrant (1999), *Diccionario de los símbolos*, Barcelona, Herder.
- Elias, Norbert (1989), *Sobre el tiempo*, México, FCE.
- Heráclito (1982), *Fragmentos*, Buenos Aires, Aguilar.
- Marcuse, Herbert (1964), *El hombre unidimensional*, México, Joaquín Mortiz.
- Pacheco, José Emilio (1986), *Tarde o temprano*, México, FCE.
- _____ (1999), *La arena errante*, México, ERA.
- _____ (2003). "Poesía contra la barbarie", *Reforma*, 30 de julio, 2C.
- Paz, Octavio (1986), *El arco y la lira*, México, FCE.
- Villena, Luis Antonio de (1986), *José Emilio Pacheco*, Madrid, Júcar.
- Poniatowska, Elena (1993). "José Emilio Pacheco: naufragio en el desierto", en Hugo Verani (selec. y pról.), *La hoguera y el viento. José Emilio Pacheco ante la crítica*, México, UNAM/ERA.



LA COLMENA 49, enero-marzo 2006.